

Guía de perplejos

Boletín mensual de novedades

Número 32 - Noviembre 2011



Luarna

Guía de perplejos, nº 32, noviembre de 2011

© Luarna Ediciones, S.L.

Madrid, noviembre de 2011

www.luarna.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Índice

- ✓ Editorial. El último mes de la *Guía de Perplejos*
- ✓ Relatos por entregas. El solitario de Causeway Bay (y fin)
- ✓ Relato corto. Canción de muerte
- ✓ Autores blogueros. El crisol de las palabras M^a Teresa Hernández Díaz
- ✓ Desde la Torre. El blog de Luarna
- ✓ Novedades. No ficción
- ✓ El catálogo de Luarna

Editorial.

El último mes de la *Guía de Perplejos*

No es un mal mes Noviembre para dar algo por finalizado. Al fin y a la postre es el mes de los difuntos, el momento en que el ambiente otoño-invernal se adueña de todo, las hojas de los árboles caen realmente al suelo tras ese amago previo que se produce en un octubre que todavía es demasiado luminoso y un cielo plomizo y nublado nos avisa ya de que el invierno está encima. Todas las cosas se acaban. Y a la *Guía de perplejos* le ha llegado su fin. Este es su último número en el formato que el lector la conoce. Y, aunque no se trata de caer en la nostalgia, no quedará más remedio que hacer algo de historia y reflexión sobre ese medio y el periodo en que hemos estado difundiéndolo. La *Guía* nace casi con Luarna Ediciones como un medio para difundir nuestro catálogo editorial así como para poner en práctica algunas cuestiones que pensábamos que podrían ser de interés para nuestros lectores: relatos por entregas, relatos cortos, resúmenes de lo que aparece en los blogs de nuestros autores, etc. Todo ello llevado a un formato (en sus primeros tiempos PDF y actualmente ePub) que pudiera ser leído directamente desde el reader.

El asunto no ha funcionado, o al menos no ha funcionado de la forma que nos hubiera gustado que lo hiciese. Al estar encapsulados dentro de los correspondientes PDF o ePub, los relatos artículos, etc. apenas si son consultados más que por unos pocos cientos de fieles seguidores, pero en ningún momento hemos logrado la difusión que pretendíamos. Quizá esta escasa difusión haya corrido pareja a la igualmente corta presencia que los contenidos digitales no piratas tienen todavía en nuestro país, ¿quién sabe? La cuestión es que un medio como este tenía sentido en una editorial como Luarna, pero la realidad es que Luarna como experiencia editorial ha ido paulatinamente haciendo descender su actividad para inclinarse más hacia la distribución de contenidos de terceros y a su participación en el negocio de la distribución electrónica a través de Mundo Reader y sus dispositivos de marca bq.

También termina este proyecto por hartazgo de su principal impulsor y, en los últimos números, casi único colaborador, el que estas líneas suscribe. No tiene sentido aburrir a nuestros lectores con casi un único mensaje monolítico, por tanto lo mejor es decir adiós antes de tener el horror de comprobar que ya no se producen siquiera esos pocos cientos de descargas del medio.

No puedo por menos de agradecer en este número a algunas pocas personas que me han ayudado y sin las cuales esto hubiera sido un ejercicio aún mayor de solipsismo. A Patricia Escuredo, Alfonso Fraguas y Martín Quirós, sobre todo, que son, sin duda, quienes más han colaborado conmigo en llenar las páginas de los casi tres años de este medio. Y, por supuesto, también, a los autores de Luarna que han escrito colaboraciones especiales o de los que hemos reproducido aportaciones de su blog. No quiero olvidar tampoco a Javier de Ríos

y Isidro López que en nuestra última época nos han permitido también compartir con nuestros lectores su producción intelectual.

¿Quiere esto decir que renunciamos al contacto con nuestros clientes y amigos a través de algún tipo de medio? Ni mucho menos. Ya lo mantenemos en el blog de Luarna o en nuestras páginas de facebook (www.facebook.com/luarnaeditorial) en un nuevo formato de newsletter que aparecerá a partir del mes próximo, pero que no tendrá ya la forma de un descargable en ePub sino que se parecerá más a lo que casi todo el mundo emplea, un correo de novedades e información general con enlaces a novedades, cuestiones de interés, etc. Así, pues, dejemos esto en un "hasta pronto" en lugar de un "adiós" definitivo.



Relatos por entregas. *El solitario de Causeway Bay (y fin)*

–¡Vaya mierda de caso! –pensaba Diego mientras intentaba ordenar sus ideas en la soledad de la sala de reuniones vacía–. No hemos avanzado ni un paso hasta ahora. Nada de lo que hemos ido haciendo ha dado el más mínimo resultado. ¿Dónde queda el poder de la mente humana para planificar, disponer rutas, tomar decisiones basadas en información. Esto no ha sido mi vida hasta ahora. Siempre he pisado el terreno firme de los datos. Las decisiones se han tomado en función de los mismos. Y esta vez tengo la impresión de que un par de engaños en el inicio (*Orfeo y Nibelungo*) han gobernado nuestras acciones. Luego la puñetera intuición de Jean. No hay más pernicioso que la intuición en el trabajo policial. Solo el análisis racional de los datos nos puede conducir a la verdad de las cosas, lo demás es pura filfa, casualidades como la de pensar que Rotmensen podría ser el asesino, cuando los fundamentos eran muy poco sólidos.

En momentos como este le salía a Diego la vena más informática, sus fundamentos de la minería de datos y del *data warehousing*. Entonces se odiaba a sí mismo por haber equivocado el camino, por no haber seguido la ruta de unos estudios seguros. En algún momento pensó, como Spinoza, que las pasiones humanas podrían tratarse como figuras geométricas. Si se tenía toda la información, cualquier comportamiento podría ser predecible y, por tanto, el trabajo policial debería consistir en conseguir toda esa información para realizar sobre ella el trabajo adecuado. Luego estaba Holmes y su novelesca maquinaria analítica. Los mitos literarios, ¡cómo no!, formaban parte de su vida como de la de cualquier otra persona.

En la soledad de la sala de reuniones de la comisaría de Marbella casi podía oírse el funcionamiento de sus neuronas mientras abstraído daba vueltas con la mano a un bolígrafo, sin ser consciente de lo que hacía. En ese momento la puerta se abrió bruscamente y entró Anette como una exhalación.

–Jefe, ¡lo tenemos! –gritó la francesa mientras a Diego se le caía el bolígrafo e intentaba atraparlo en el aire antes de que cayera al suelo.

–¿Que tenemos qué? –gritó también Diego como si le costará salir de su solipsismo y no supiera ni dónde estaba, ni quien era él, ni quien aquella chica de acento raro que acaba de entrar por la puerta como un huracán.

–La conexión. Viendo la lista de llamadas de las dos chicas hemos encontrado un número coincidente. Y se trata de una clínica médica privada de Marbella.

–O sea que –Diego comenzó a entrar en contexto–, tenemos un lugar dónde ambas llamaron desde sus teléfonos, ¿una sola llamada o varias?

–No muchas, pero sí unas pocas en cada caso siempre entre dos y tres semanas antes de que las mataran.

–¡Bien! –Diego se levantó precipitadamente de la silla–, ¿Dónde están Jean y Ricardo? ¿Tienes los datos de dónde está la clínica? Nos vamos para allá.

–Tranquilo, jefe, no te alborotes. Vamos por partes, sí tengo los datos, Jean estaba intentando hacer alguna averiguación más con los vecinos de Las Mimosas en La Cala y Ricardo no ha llegado todavía. Ya sabes que tus compatriotas no son de madrugar mucho para comenzar la jornada.

–OK, OK. Vámonos nosotros –Diego salió por la puerta antes casi de que Anette pudiera ni responderle.

La clínica estaba en el centro de Marbella. Era uno de esos centros médicos, tan comunes en la zona, a los que se les había puesto un nombre extranjero para poder atraer como clientes a los turistas que acudían a la Costa del Sol. Atendía además de las aseguradoras españolas a otras británicas y alemanas. El lugar ideal para que un par de chicas que hubieran tenido algún tipo de problema durante su estancia en España acudieran para ser tratadas por algún médico. La recepcionista los miró algo perpleja. Dos policías de la Interpol que no tenían placa de identificación de la policía española y que le pedían información a todas luces confidencial sobre un par de jóvenes pacientes que habían sido allí atendidas.

–Mira –le dijo Diego–, te agradeceremos enormemente la colaboración. Estamos hablando de un caso muy serio, con un par de asesinatos, que conozcamos, de por medio. O nos das la información ahora o en una hora habremos vuelto con la orden judicial y no seremos tan amables. Solo queremos que nos digas si recuerdas a las pacientes, cualquier cosa especial sobre las mismas y, sobre todo, qué médico las trató.

La chica, visiblemente nerviosa, dudaba sobre lo que hacer, pero finalmente la crudeza persuasiva de Diego la inclinó a buscar en el ordenador.

–Sí, aquí tengo los datos. Yo no las recuerdo, pero ambas estuvieron varias veces en la consulta de psiquiatría. Las trató el doctor Molina.

–¿El mismo doctor siempre o acudieron a más de una consulta? –preguntó Anette.

–Siempre el doctor Molina. Ningún otro médico las trató en esta clínica.

–Bien, ¿podemos ver al doctor Molina ahora?

–Pues lo siento, pero no se encuentra aquí –la chica se mostraba entre acobardada y compungida–, solo pasa consulta por la tarde.

Diego y Anette se miraron unos segundos. Sabían que tenían que hablar con el médico inmediatamente, si lo dejaban hasta la tarde y realmente estaba implicado en el asunto la recepcionista podría avisarle, o hablar con alguien que le avisara, de que dos policías le andaban buscando. Causa suficiente para que saliera corriendo y lo perdieran.

–Disculpa –Anette usó su tono más persuasivo–, tenemos que localizarlo con absoluta urgencia. Tú sabes dónde vive o, si no estuviera en su casa ahora, dónde podría encontrarse en este momento.

–Miren, de verdad que me ponen ya en un compromiso muy fuerte. Tenemos totalmente prohibido dar datos personales de nuestros médicos. Lo único que puedo decirle es que por las mañanas trabaja en el Hospital Costa del Sol, así que probablemente allí lo podrán encontrar.

Solo “un muchas gracias, nos has servido de gran ayuda” se oyó mientras como una exhalación los dos policías salían por la puerta de la clínica y entraban atropelladamente en su coche.

–Llama urgentemente a Ricardo y a Jean y diles que vayan al Costa del Sol ahora mismo –Diego le ordenó a Anette–. Nos reuniremos en la recepción.

–OK, jefe, voy a ello –le contestó la francesa mientras Diego arrancaba el coche casi sin usar el embrague y con tal ruido de ruedas que todos los que se hallaban por la zona volvieron la cabeza intrigados por aquellas prisas.

Cuando llegaron a la recepción del Costa del Sol, Ricardo ya estaba allí pero Jean no había llegado aún. Al policía de Marbella le hicieron un breve resumen de los hechos y debatieron si estaría bien avisar primero a Fuentes para que les echara una mano o si irían directamente a por el doctor Molina. En seguida concluyeron que era mejor que nadie intermediara, cualquiera sabía las relaciones que entre ambos podría haber. Mientras hablaban llegó Jean.

–Bien –Diego comenzó a dar instrucciones–. Lo haremos así. Que sea Ricardo el que lleve la voz cantante y se identifique como policía de la zona. Yo le acompaño, pero en ningún momento me identifico. Como ambos somos españoles no levantaremos tantas sospechas como si Jean y Anette con sus extraños acentos se presentaran también. No obstante, seguidnos y quedarnos por la zona de la entrada del área donde trabaje este médico. No sea que tengamos algún espectáculo y tengáis que echar una mano.

–Vale, Diego, vamos a ello –Ricardo se levantó de su silla en dirección al mostrador de recepción mientras los demás se quedaban algo apartados.

–Querría localizar al doctor Molina de Psiquiatría –Ricardo se dirigió a un recepcionista algo mayor, con gafas, pelo gris y aire despistado, que era el único que estaba libre en ese momento.

–Pero ¿tiene usted cita en su consulta? –le preguntó casi con malos modos.

–No, soy un amigo suyo y quiero saludarlo, solo quiero saber dónde puedo encontrarlo.

–Bueno, si es así –el hombre le mostraba algo dudoso– suban a la 4ª planta y pregunten allí. Lo normal es que esté ahora en su despacho o revisando pacientes hospitalizados.

Los cuatro se fueron hacia el ascensor. Como en casi todos los centros de este tipo, había un pequeño hall antes de entrar al área de hospitalización. Jean y Anette permanecieron allí mientras Diego y Ricardo se dirigían al control de enfermería.

–Buscamos al doctor Molina –Ricardo se dirigió a una de las enfermeras.

–Solo atiende a familiares e pacientes a partir de las 12 –contestó la enfermera.

–Policía de Marbella –dijo Ricardo mientras sacaba su identificación–. No somos familiares de ningún paciente pero tenemos auténtica prisa por hablar con él.

–Bien, su despacho es el cuarto del pasillo central. Ahora podrán encontrarlo allí, está revisando historiales.

Molina era un tipo alto, de complexión fuerte. Debía tener alrededor de cuarenta años. Aunque no eran expertos en el tema, Ricardo y Diego se miraron cómplices cuando el psiquiatra les invitó a sentarse en su despacho. Claramente era un tipo que sin duda resultaría atractivo para las mujeres. Las cosas iban ordenándose en la cabeza de ambos.

–Soy el subinspector Gómez de la policía de Marbella. Necesitaríamos su colaboración en asunto que estamos investigando.

–Bien, ustedes dirán.

Diego se percató de la frialdad con la que el médico recibía la notificación. En principio se esperaba alguna clase de nerviosismo, pero nada de aquello se produjo. O estaba tranquilo o sabía muy bien cómo controlar sus emociones.

–Mire, estamos investigando los asesinatos de dos jóvenes que han sido pacientes tuyas y nos gustaría hacerle algunas preguntas. Supongo que lo habrá podido ver por los medios de comunicación, se trata de la irlandesa que hace unos meses fue asesinada en Cabopino y de la alemana que recientemente encontramos muerta de forma similar en La Cala de Mijas. Ambas fueron tratadas por usted y nos sería de utilidad cualquier dato que pudiera facilitarnos sobre las mismas.

–La verdad es que no sigo mucho la prensa sensacionalista que es la que más habla de estos temas y no tengo ni idea de a qué pacientes más se refiere. Tendría que mirar en el archivo de mi clínica particular para encontrar los datos.

Diego se percató de que en ningún momento habían mencionado que fueran pacientes de su clínica particular, así que el médico no tenía ningún motivo para hacer esa deducción. Bien podrían haber sido pacientes del hospital público. Primer fallo. Mientras pensaba esto revisaba todos los gestos del médico y los distintos elementos de su despacho. El psiquiatra tenía un portátil sobre su escritorio y no estaba conectado por ningún cable de red, así que Diego dedujo que estaría conectándose por WiFi. Pocos objetos personales, solo una fotografía sobre su mesa donde se le veía unos pocos años más joven junto a una bella mujer.

–Doctor –intervino Diego–, quizá tuviera alguna forma de conectarse a su clínica y poder darnos alguna información, supongo que desde su portátil tiene usted conexión.

–Sí, claro, la tengo, pero no puedo conectarme a nivel remoto a los archivos de la clínica. Los sistemas de protección legal lo impiden, así que tendrán que esperar a esta tarde. Si quieren podemos quedar citados para que pueda transmitirles la información que necesitan.

–Sí, quizá sea lo mejor –Diego contestó afirmativamente mientras movía el brazo de forma displicente sobre la mesa y golpeaba inadvertidamente la foto de modo que la patilla del atril que la sujetaba se movió y cayó de forma plana sobre la mesa.

–¡Vaya! Perdóneme doctor, hoy estoy un poco inútil –Diego aprovechó para tomar la foto en sus manos y volver a colocarla sobre la mesa–. Tiene suerte, doctor, si es su esposa; es muy guapa.

–Pues la verdad es que no creo que podamos hablar mucho de suerte. Era mi esposa, murió en un desgraciado accidente de tráfico hace un par de años.

Diego se levantó de la mesa y Ricardo le siguió, se despidieron de Molina y quedaron citados a las seis de la tarde en su clínica. Salieron del despacho y se fueron al control de enfermería para preguntar si el pasillo por dónde habían entrado era la única salida. La enfermera le confirmó que así era y los dos policías se dirigieron al hall donde estaban Jean y Anette impacientes.

–Creo que lo tenemos –dijo Diego–. ¡Es viudo! Además es sorprendente la frialdad con la que nos ha tratado, como si no fuera con él la cosa. Yo creo que ese es un claro rasgo psicópata. Y quién que no fuera un psicópata podría asesinar de esa forma.

–Coincido contigo –afirmó Ricardo–, pero me ha sorprendido que lo dejáramos tal cual.

–No te preocupes, quiero ver cómo se mueve. Jean, Anette, a vosotros no os conoce así que quiero que os peguéis a él. No lo conocéis pero es la persona que saldrá en un rato de aquel despacho –Diego señaló a los inspectores el lugar donde se encontraba Molina. Nosotros nos vamos a averiguar todo lo que podamos sobre este tipo. Y vosotros no lo dejéis ni a sol ni a sombra. Caben dos opciones. O está realmente preocupado y sale corriendo o aguanta el tipo y acude a la reunión de esta tarde. Si veis intento de evasión lo detenéis y listo y si no le vais dando cuerda para que se ahorque él solito. Nosotros nos vamos urgentemente antes de que nos vea juntos.

Hablaron unas cuantas veces a lo largo del día y en ningún momento Jean y Anette le dieron la impresión a Diego de que Molina estuviera pensando en huir. Estuvo por el hospital toda la mañana, salió al mediodía, comió fuera, se fue un rato a su casa y a eso de las cinco y media volvió a coger su coche tomando la ruta a la consulta privada. En ningún momento los inspectores de la Interpol lo perdieron de vista.

Mientras tanto, Diego y Ricardo recababan desde los sistemas informáticos de la comisaría toda la información sobre el tipo. Nada raro en principio. No había antecedentes, nada inquietante en los distintos registros. No quisieron preguntarle a ningún colega de los que conocían por no ir despertando suspicacias.

–Me pregunto si este tío será de los que se lleve siempre su portátil a todos sitios o si lo habrá dejado sobre su mesa –Diego estaba fraguando en su cabeza un posible modo de actuar.

–Anette –Enseguida llamó por teléfono a su colega–, ¿has visto si cuando Molina salía del hospital llevaba su portátil encima.

–Pues si lo llevaba tenía que ser muy pequeño. Solo le vi una pequeña cartera de cuero de esas que no tienen ni asas y se llevan debajo del brazo, yo creo que solo le pueden caber ahí unos cuantos papeles.

–Gracias, colega –Diego puso su tono fraternal de voz–. Nos vamos a retrasar algo en llegar a la clínica, así le pondremos nervioso. Vosotros vigiladlo y si se marcha antes de que lleguemos le detenéis y punto.

–Ricardo, tú tenías una amiga que trabajaba en el Costa del Sol, ¿verdad?

–¡No, Diego! –Ricardo se mostró receloso– Sé lo que estás pesando y no creo que sea una buena idea. Rocío me va a mandar a la mierda.

–Venga, inténtalo, ese atajo nos ayudaría mucho.

Ricardo llamó a Rocío, le contó la situación y le pidió que les ayudara a entrar en el despacho del psiquiatra.

–Pero estáis locos –Rocío parecía furiosa–. ¿Vosotros sois policías o delincuentes?

–Rocío, no lo haríamos si realmente no estuviéramos casi seguros de que Molina es el asesino de las chicas.

Rocío trabajaba esa tarde de forma que solo tuvieron que ir a buscarla a Cardiología. Desde allí los tres fueron a la unidad de psiquiatría, esperaron un momento en que no había personal por la zona del despacho del psiquiatra y Rocío les abrió con su llave maestra.

–Aquí os dejo –La enfermera estaba algo furiosa–. No quiero más líos, cuando terminéis salís por vuestros medios y listo.

–Gracias, Rocío –Diego intentó mostrarse afable–. Tenemos mucho que agradecerte en este caso, es la segunda vez que te la juegas, de verdad que te lo agradecemos enormemente.

Ella se marchó y los dos policías se quedaron encerrados en el despacho de Molina. Encendieron el ordenador que lógicamente estaba protegido por contraseña. Esto no suponía un problema para Diego. Afortunadamente era XP, una versión vieja de Windows. Diego sacó un CD de su maletín y en pocos minutos estaba conectado al equipo sin problema de passwords. Lo que realmente quería buscar era si podía encontrar algún rastro de conexiones al chat de la gente de *Orfeo* o algo que demostrara que estaban ante *Nibelungo*. O quizá también algún documento comprometedor que le diera alguna pista sobre el asunto. Buscaron un buen rato, pero no encontraron gran cosa, al menos como documentos todo parecía que tenía que ver con cuestiones profesionales. Y, de repente, allí estaba.

–¡Lo tenemos! –Diego casi estuvo a punto de gritar, pero se contuvo para que no le oyeran fuera. Aquí está el programa de chat privado con el que se conectan a *Orfeo*. Lo descubrimos hace tiempo y es el mismo que Anette ha estado usando para contactar con Nibelungo.

Diego arrancó el programa y revisó el perfil pero el *nickname* del propietario no era *Nibelungo*, sino *Caspar*.

–Bien, sabemos que este tipo ha estado en contacto con *Orfeo*, pero que aparentemente no es Nibelungo –Diego no parecía estar muy decepcionado por el hallazgo–. Nada nos indicaba realmente que Nibelungo fuera el asesino que estamos buscando. Solo el hecho del contacto con *Orfeo* es una prueba más que suficiente de que estamos en el buen camino.

No encontraron nada más. Sabían que el resto tendrían que sacárselo al psiquiatra personalmente así que salieron sigilosamente del despacho para no ser vistos y se fueron rápidamente a la consulta. Cuando llegaron eran ya más de las siete de la tarde. Jean y Anette vigilaban frente al centro médico.

–El tipo no se ha movido de ahí –comentó Jean–. Llegó a las cinco de la tarde y ahí sigue.

–OK, pues mismo plan de antes. Vosotros os quedáis en la puerta por las dudas y nosotros vamos a por él.

Diego y Ricardo preguntaron por el doctor Molina y enseguida les llevaron a su despacho. El médico parecía tranquilo.

–Doctor, disculpe el retraso, pero nos ha surgido un asunto muy urgente y no hemos podido venir antes –Ricardo comenzó a tomar el rol de poli bueno.

–Claro, no se preocupen –Molina quería parecer comprensivo–. Ya entiendo que su trabajo debe estar plagado de imprevistos.

–En fin, doctor, no sé si ha podido revisar los historiales de las pacientes de las que le hablamos.

–Sí, por supuesto, lo he hecho, pero no encuentro demasiadas cosas que puedan ayudarles.

–Déjenos decidir eso a nosotros –Diego era esta vez, decididamente, el poli malo.

–Bueno, ya saben que el material clínico es altamente confidencial y poco puedo decirles salvo que un juez pida la historia.

–Claro, doctor, entiendo –Continuó Diego con su actitud–, pero sí podrá decirnos qué conoce de una red criminal llamada *Orfeo*.

Esta vez la cara de Molina sí mostró una cierta inquietud.

–Discúlpeme, pero no sé de qué me habla.

–Y supongo que tampoco sabrá quién es *Caspar* dentro de esa red –Diego estaba dispuesto a no perder mucho tiempo en el asunto. Mire, voy a presentarme, cosa que no he hecho hasta ahora. Soy el inspector Diego Whitehead de la Interpol. Llevamos acosando a los criminales pervertidos de *Orfeo* desde hace años y sabemos que *Caspar* está detrás de la muerte de estas chicas. Podemos hacer esto por el camino fácil o el difícil. Sabemos que usted es *Caspar* y que asesinó a sus dos pacientes. Puede contarnos lo que pasó tranquilamente, firmar en comisaría su declaración y nosotros no le sacaremos siquiera esposado de aquí, todo transcurrirá tranquilo y nosotros remarcaremos su colaboración lo que quizá le rebaje algo la enorme condena que le espera. O, en cambio, podemos sacarlo de aquí detenido y esposado, mientras sus enfermeras y recepcionistas le miran curiosas, pediremos al juez autorización para estudiar su ADN, ya que tenemos base suficiente para ello y, en cualquier caso, el futuro que le espera el algo negro, así que usted decide.

Diego sabía que se estaba marcando un farol, que la única evidencia por la que un juez podría ordenar un estudio del ADN sería por la demostración del vínculo con *Orfeo* y ese

dato lo habían obtenido de forma fraudulenta, pero Molina desconocía ese detalle. El médico no tardó en derrumbarse y confesar todo el asunto.

–Oiga, doctor –Diego no pudo reprimir una pregunta una vez que Molina había confesado todo el asunto– ¿podría decirme porqué una persona como usted? Un médico prestigioso, seguro que con bastante dinero, una buena vida por detrás y bastante capacidad racional para juzgar las cosas, cae en esto.

–Piense lo que quiera –Molina parecía abatido–. Quería a mi esposa de forma sobrehumana. Su pérdida fue terrible para mí. No consigo olvidarla, no hay un solo minuto de mi vida en que no aparezca en mi mente. *Orfeo* no fue importante para mí. Sabía que todo eso era un invento macabro de unos cuantos locos. Solo me conectaba como una terapia más contra el olvido y la ausencia. Mataba a las chicas como una mera venganza contra el mundo, contra Dios, o contra lo que sea que me había quitado a mi esposa. Yo no las violaba después de muertas. Esa es una deducción errónea de sus forenses de pacotilla, simplemente las mataba mientras realizaba el acto sexual con ellas y luego lo prolongaba después de muertas. Sí, lo que para sus forenses podría ser necrofilia para mí era simplemente que yo eyaculaba en su interior un par de minutos después de que hubieran exhalado su último aliento. Nada más. No le tengo aprecio a la vida, a la libertad o a lo que sea este modo de subsistir sin ella, así que arréstenme ya y acabemos con eso.

Ricardo y Diego se llevaron a Molina a la comisaría para poder tomarle la declaración completa y que pasara su primera noche privado de libertad. Diego informó a Jean y Anette de todos los detalles antes de que se marcharan con el detenido-

–Este tipo se aprovechó claramente la situación de soledad y falta de amigos de las dos chicas. Pensaba que eso ayudaría a que no le descubriéramos, pero me temo que no ató bien todos los hilos –Con estas palabras Diego intentaba cerrar la explicación a sus compañeros–. Por otro lado parece real que en ningún momento tuvo fuertes vínculos con *Orfeo*. Parece tratarse de un psicópata aislado que cayó en esto como una especie de venganza por el mundo al perder a su mujer.

Anette y Jean decidieron ir a tomar una copa antes de marcharse a su hotel.

–La verdad es que no sé qué pensar –Anette parecía algo abatida–, estoy en la brigada tecnológica de Interpol porque me gusta la seguridad de los procesos tecnológicos, los delitos cibernéticos son pura matemática. Pero este caso ha sido una mierda desde el principio, he sentido asco por estos tipos y ahora, al finalizar el asunto, casi he conseguido sentir lástima por Molina. No me gustan estos afectos, quiero seguir siendo policía de números, ordenadores, datos... Espero que nuestro próximo caso no sea como éste.

–Bueno –Jean Parecía mucho más relajado–, ya me conoces. Yo cumplo con mi deber sin hacerme muchos planteamientos. Lo que más me fastidia es haberla cagado con este caso y mi puñetera intuición sobre Rotmensen. Tendré que vigilarme más en el futuro.

–No lo hagas, la intuición no es mala, solo que tiene que confabularse con los datos. Nada pueden por separado. En fin, en unos pocos días estaremos volviendo a Madrid con el caso cerrado y luego ya veremos. Lo único que me queda claro es que este sitio me gusta para vivir. Supongo que cuando me jubile seré una viejecita más como tantas estas que se ven por aquí absorbiendo este maravilloso sol.

A la vez que Jean y Anette pagaban sus copas y se marchaban al hotel, Ricardo, que ya había dejado, junto con Diego, los papeles de Molina cerrados, marcaba en su móvil el número de Rocío.

–Lo tenemos, ya está bien empapelado. Oye, tengo mucho que agradecerte, ¿me invitas a tomar una copa en tu casa?

–Bueno, no parece un mal plan, si quieres nos vemos por aquí en un rato. Rocío sonreía alegre mientras concertaba el lugar dónde iban a encontrarse. Sabía que algo iba a cambiar pronto en su vida.

* * * * *

Las noches de agosto en la Butibamba parecen transportarnos a otra época y a otro lugar. Unos cuantos años atrás en algún punto en el tiempo donde las cosas no eran tan de plástico y una cierta autenticidad rodeaba la mayor parte de nuestras acciones. Toda la lista de prohibiciones playeras se incumple de forma sistemática. Los vecinos sacan sus mesas a la arena, las barbacoas humean llenas de carbón, carne y sardinas. Muchos duermen en la playa cubiertos por toldos que cambian su función de proteger del sol por la de servir de leve refugio durante la noche. Una larga hilera de cañas de pescar se extiende por toda la playa, La gente pasea con sus perros y juega con ellos mientras el oleaje les salpica los pies. Parece como si alguien hubiera cambiado en el cartel de prohibiciones de la playa la palabra “prohibido” por “permitido”. La escena se encuentra sumamente alejada de lo que podemos observar en los típicos paseos marítimos de las grandes ciudades costeras. Ningún chiringuito soltando música playera unos cuantos decibelios más alto de lo adecuado, ningún moderno bar de copas, ninguna discoteca de moda lanzando su mensaje con insufribles luces de neón, ninguna larga hilera de terrazas de restaurantes pobladas de turistas satisfechos, ninguna multitud de paseantes, ninguna efímera colección de africanos con sus mantas llenas de artículos ilegales... Solo la gente ante el mar, como siempre hemos estado. Con nuestras alegrías y nuestros sufrimientos, riendo o gimiendo con parientes, amigos, amantes, vecinos. Visto por un observador externo, no demasiadas cosas podrían distinguir aquella escena veraniega de cualquier otra sucedida a los pies del padre Mediterráneo, un par de miles de años antes. Quizá solo las latas de bebida, los productos empaquetados que se agolpaban en los cubos de basura y los teléfonos móviles que no podían faltar siquiera en un escenario tan atemporal como este.

Aquella noche había música en directo en el chiringuito de Los Moreno. Una joven lugareña se esforzaba, sin conseguirlo demasiado, por emular a alguna de las recientes estrellas del flamenco-fusión. Unos pocos clientes con cara soñolienta y más bien algo aburrida tomaban sus copas casi sin escucharla. Solo las luces no demasiado estridentes del quiosco playero resaltaban sobre la oscuridad de la larga playa salpicada solo de alguna que otra linterna o pequeños faroles o velas sobre las mesas. Y a lo lejos el faro de Calaburras, girando atemporal y dejándonos su destello cada pocos segundos, como un colosal cíclope protector de la zona, cuidador de los desvelos de sus habitantes.

Eva Santos apuraba su whisky mientras su mirada perdida apenas si podía captar nada de lo que sucedía a su alrededor. El día había sido uno de los más horribles de su vida reciente. La desazón le vino esta vez en forma de carta remitida desde el Reino Unido. Steve, su ex soldado británico había decidido dar razones de sus actos y, en lugar de trabajar por quedar sepultado en los arcanos de la memoria, decidió volcar en su correcto inglés de Oxford el abanico de causas que le habían impulsado a huir de la cercanía de aquella curiosa hija de notario español. Si bien era cierto que Eva se había aficionado al whisky durante la relación con el británico, no lo era menos que sus efluvios alcohólicos siempre habían sido más que moderados. Sin embargo aquella noche, el camarero de Los Moreno no

podía dejar de observar atónito como aquella extraña mujer liquidaba como si de agua se tratase un vaso de *scotch on the rocks* detrás de otro.

La verdad es que la carta de Steve era terrible. Dura... porque le presentaba la realidad tal como era y Eva no estaba acostumbrada a tanta crudeza. En ella le relataba cómo no había podido soportar su casi adolescente visión del mundo. Él buscaba más mujer bajo aquel envoltorio y la decepción de no encontrarla le obligó a huir a los más fríos lares de su tierra. En algún lugar le pedía disculpas por no haberse despedido, pero lo achacaba a que realmente la quería y le hubiera sido difícil alejarse en una despedida convencional. Tras leer la carta de Steve, Eva había entrado en una de sus numerosas crisis de ansiedad, no podía dejar de considerarse a sí misma como un bicho raro. Pensó llamar a los J&B, pero declinó hacerlo porque tampoco podía contarles a ellos la realidad de las cosas como eran. La ansiedad iba subiendo por momentos y pensó en llamar al hospital. Sintió miedo de que se pudiera repetir aquella especie de infarto. Le dieron hora para el día siguiente, el doctor Rotmensen la vería en su consulta por la tarde. La sola idea de ver a Rotmensen la tranquilizaba, pero aún faltaban muchas horas para la cita y eso no contribuía a incrementar su sosiego. Fue entonces cuando tomó la decisión de emborracharse. Ya lo había hecho en otras ocasiones y notaba como la ansiedad a veces bajaba conforme el alcohol subía en sus venas.

Tomó una ducha y se arregló un poco antes de salir. Sentía su corazón palpar de forma inusual dentro de su tórax. Una enorme sensación de fracaso la invadía. Su vida era un desatino continuo. No había logrado ser feliz más allá de unos pocos días que pudiera recordar. Siempre con las barreras que se ponía a sí misma, siempre intentando no transgredir no sabía qué principios personales, morales... o vaya usted a saber de qué tipo. El cenit vino ya cuando se unió a aquella estúpida iglesia evangélica plagada de más cortapisas aún. La había arrastrado a ella su amiga la australiana Jenny. Lo hizo solo por mantener una mejor relación con ella y trabar nuevas amistades. Pero siempre intentaba conocer a nuevas personas que no pudieran dañarla, gente fría y alejada, nadie que se implicara realmente en su vida. Solo Steve lo había hecho y ella no había estado al nivel. Ojalá aquello hubiera sido una especie de secta de esas que te absorben por completo la personalidad y hacen de una un autómata incapaz de pensar por ti misma; si le hubieran sacado su estúpido yo, ahora sería otra persona. Pero, ¿podía cambiar las cosas? Podía escribirle a Steve y pedirle que la perdonara, arrastrarse a sus pies, volar alocadamente al Reino Unido y pedirle perdón, gritarle enfurecida para que viera que había otra Eva diferente a la niña mojugata que había conocido. Todo ello pensó hacerlo, pero lo relegó para el siguiente día. Ahora urgía emborracharse, parar con alcohol aquel alocado latido de su cansado corazón.

El camarero de Los Moreno la despertó ya de madrugada avisándole de que iban a cerrar. Tardó un buen rato en encontrar el dinero, rebuscando en su bolso, para pagar la cuenta. Cuando se levantó tambaleándose notó una leve punzada en el pecho que la asustó. Pero el nivel de alcohol en su sangre era tan alto que le impedía ser consciente de cualquier aspecto de sí misma. Avanzó tambaleándose por el estrecho camino que, sobre la arena, comunicaba el chiringuito con la calle del hotel Costa del Sol. Llegó a su casa con un supremo esfuerzo. Se tiró desmadejada en la cama mientras la opresión del pecho se incrementaba por momentos. A pesar del alcohol apenas si pudo dormir.

Al día siguiente acudió a la consulta del doctor Rotmensen. La verdad es que en nada le había disminuido la sensación de ansiedad y el dolor en el pecho se mantenía constante. No podía dejar de darle vueltas a las palabras de Steve en su carta, "querida, no puedo plantearme compartir mi existencia para siempre con alguien que mira la vida como un cuadro lejano en el que no desea implicarse. Necesito una mujer con ganas de vivir, de

disfrutar de las cosas y no alguien que lo observa todo de manera displicente y sin ganas, como un observador inapetente al que no le interesa casi ningún aspecto de la realidad”.

Rotmensen la recibió de forma agradable, como siempre lo hacía con sus pacientes. Eva no podía evitar sentir una cierta atracción por el elegante cardiólogo. Quizá con él las cosas hubieran sido distintas a como lo fueron con el inglés. La caballerosa frialdad de Rotmensen podría haber encajado mucho mejor en su vida que el vitalismo apasionado de Steve. Trató de alejar esos pensamientos mientras tomaba asiento en la consulta del cardiólogo.

–Bueno, Eva, ¿qué sucede?, ¿ha surgido algún problema para que pidas consulta con urgencia? Aunque tu cardiopatía sea benigna, me das miedo con la repetición de tus crisis–la voz de Rotmensen siempre le sonaba tranquilizadora, el médico intentaba ofrecer un tono despreocupado y algo alegre.

–Sí doctor, estoy muy mal. Tengo mucha angustia y desde ayer un fuerte dolor en el pecho. Creo que estoy tan mal como otras veces, quizá se me esté volviendo a repetir el problema coronario.

–¿Qué ha ocurrido, Eva? ¿Algún problema que haya servido de detonante de la situación? –Rotmensen ya conocía lo suficiente de Eva como para intuir que siempre había una clara causa psicológica como trasfondo de sus disfunciones cardíacas.

–Sí, doctor. Tuve una relación con una persona que me ha abandonado. Era inglés, se marchó a su país hace unos meses, sin avisarme. Al principio las cosas no fueron del todo mal, pero ayer recibí una carta suya dándome razones sobre por qué me había dejado –A pesar de su timidez, Eva sentía con Rotmensen una especial vinculación que la llevaba a no tener vergüenza de contarle sus sentimientos más íntimos–. Jamás me he sentido tal mal. Su carta me ha enfrentado conmigo misma, me ha mostrado una imagen de quien soy que no puedo por menos de odiar. Y, además, la sensación de que por más que lo intente no voy a conseguir cambiarme a mí misma, me agobia, me oprime, me angustia.

–Eva, sabes que yo no soy psiquiatra, solo puedo darte algún consejo, más como amigo que como médico. Y lo hago desde una cierta experiencia. Si lo deseas con la suficiente fuerza, seguro que puedes cambiar. No lo dudes, solo tienes que proponértelo y trabajar cada minuto en la dirección adecuada. Rompe tus barreras, no tengas prisa, hazlo lentamente, pero estoy seguro de que puedes hacerlo. Trata de disfrutar de los pequeños detalles y compréndete a ti misma, no te odies, ese no es el camino.

–¡Ojalá yo pudiera ser tan fuerte como usted! Pero no puedo –Eva rompió a llorar–. ¡No puedo...!

–Bueno Eva, tranquilízate. Creo que además de tu problema cardíaco deberías recibir ayuda psicológica. En fin, pero eso es otra historia, ahora debo ocuparme de lo más acuciante que es tu crisis actual. ¿Desde cuando dices que te duele el pecho?

–Desde ayer por la noche, es un dolor sordo y constante, no demasiado agudo, pero que no se retira. Tengo que decirle también que ayer bebí algo más de la cuenta. Fue mientras trataba de emborracharme, o más bien lo conseguía, que noté la primera punzada.

–Bien, vamos a hacer un electro y en función de lo que veamos quizá tengamos que hacer un ecocardiograma para ver si tenemos alguna posible repetición de esa extraña cardiopatía que padeces. Túmbate, por favor, en la camilla. Voy preparando la máquina.

Rotmensen acercó el dispositivo, preparó los electrodos y los puso sobre el pecho y los brazos de Eva. Ella comenzó a sentir un cierto relax. La angustia le cedía cuando se veía como un objeto a merced de aquella máquina. Se convertía entonces en un simple elemento emisor de señales. Podía olvidarse de sí misma, dejaba de ser una persona, podía no pensar, sabía que la máquina simplemente mediría su ritmo cardíaco y generaría una gráfica y unas mediciones al respecto. Esas mediciones darían cuenta de su persona de un modo simple, sin las complicaciones que los humanos nos buscamos para explicarnos a nosotros mismos. Es como si se estuviera midiendo el peso de una manzana o los grados de un vino. Daba igual

que para ella el mundo fuera un lugar insufrible y complejo. Para la manzana o el vino, no lo era. Eran simples miembros inertes de un todo que no podía cambiar. Si ella pudiera verse siempre así, aceptándose, sintiéndose como una pieza, un accesorio carente de capacidad para elegir su posición, su lugar en el mundo... Si fuera capaz de hacerlo, seguro que podría encontrar la armonía, la serenidad.

El electro avanzaba. Las señales que emitía su corazón iban plasmándose en el rollo de papel. Rotmensen miraba circunspecto los resultados ya visibles en la hoja. Fue entonces cuando lo sintió. Fue una fuerte punzada que la hizo contraerse. Intentó gritar, pero la voz apenas si pudo salir de su garganta. La pequeña punzada estalló en su pecho como un dolor profundo. Se quedó inmóvil unos segundos viendo como Rotmensen reaccionaba. No podía moverse, el dolor le oprimía cada vez más como una tenaza. Entonces todo se desvaneció, perdió el sentido... para no recuperarlo nunca más.

Rotmensen se percató de lo que sucedía por los desequilibrios que estaba comenzando a ver en el electro mientras avanzaba el desarrollo de la prueba. En cuanto vio la contracción de dolor que Eva sufría, se dio cuenta que la paciente estaba padeciendo un infarto agudo. Intentó la medicación habitual para estos casos, pero Eva no respondía. En pocos minutos entró en parada. El médico lo intentó todo. Masaje cardiaco, desfibrilación... Nada dio resultado. Rotmensen sentía pena por Eva, por aquella pobre muchacha que a pesar de haber tenido una vida razonablemente buena, no había sido capaz de disfrutarla. Veía su cuerpo como un recipiente para el sufrimiento y trató como pocas veces lo había hecho de devolverla a la vida. Quería que volviera al mundo para mostrarle el camino para ser feliz o, al menos, para no ser tan infeliz. Pero no puedo hacerlo, fueron diez o quince largos minutos para emplear todas las técnicas a su alcance. Su tradicionalmente impecable indumentaria quedó totalmente arrugada del esfuerzo, sudaba por todos los poros de su cuerpo y, además, se sentía especialmente mal por no haber logrado salvar a Eva. Un fracaso más en una vida que no siempre había estado plagada de éxitos.

Cuando realmente constató que ya no había posibilidades de devolverle la vida, Rotmensen cerró la puerta de su despacho. Dejó la llave puesta para que nadie pudiera tampoco abrir con una maestra. Le quitó los zapatos y las bragas a Eva y violó con furia su cadáver. Cuando terminó intentó retirar la mayor parte de su propio semen de la vagina de Eva y volvió a vestirla. Se esforzó en dejar la escena tal como estaba unos minutos atrás con la paciente recién fallecida. Mientras se sentaba en su sillón, cansado por el esfuerzo, no dejaba de pensar en lo que esa noche diría en *Orfeo* desde su rol de *Nibelungo*. Nunca había matado a nadie, pero sí había realizado numerosas oportunidades de practicar la necrofilia con cadáveres de pacientes recién fallecidas. Pero cada vez que lo hacía era más consciente de que jamás lograría que aquello le permitiera cruzar el Leteo para buscar a su *Beatriz* adorada.



Antonio Quirós es Consejero Delegado de Luarna Ediciones. Licenciado en Filosofía y PDG del IESE ha compartido su vida entre el emprendimiento tecnológico y el cultural. En ambos mundos ha

volcado su afán literario, siendo autor de numerosas obras y artículos de informática, así como de historia social y del pensamiento español.

Relato corto.

Canción de muerte

1989

La oscuridad se hizo en sus ojos. Extrañas noticias, extraños gritos, frases de un idioma desconocido, imágenes de carros en combate de los que no tiran animales, dragones metálicos escupiendo fuego, chillidos de armas que no conocía. Corrían en su mente como recuerdos olvidados de un negro pasado. El guerrero no comprendió que veía imágenes de otra mente en un mundo distinto al suyo.

Un cuerpo se revolvía sudoroso en el negro sofá de skay. Las manos rugosas de los cincuenta agitándose ante el congestionado rostro que producen las pesadillas. Frenético, intentaba apartar los fantasmas que mordían su cerebro. Consiguió arrancarlos en el ronco grito de la lucidez. Aparecieron las formas conocidas de su salón. El facsímil aumentado de un billete con su rostro veinte años más joven, el jarrón oriental adquirido en el barrio chino barcelonés, del que le aseguraron ser de importación pero en cuyo interior versaba *Made in Spain*, el prominente busto de una señorita aparecido en las páginas centrales de un Interviú, la Olivetti que su difunta madre le regaló en su vigésimo segundo cumpleaños y que le había estado dando de comer gracias a los relatos que publicaba en una revista vanguardista de cómic.

Él había soñado con su guerrero literario nacido en un calenturiento sueño en las Navidades del año anterior. Decidió matarlo. Sentado ante su Olivetti demacrada comenzó a golpear con letra mayúscula "CANCION DE MUERTE". Seis horas después pulso el punto y dio por finalizada la vida de su beligerante de papel, dobló los treinta y siete folios que componían la muerte de su hipnosis, colocándolos en el bolsillo interior de su americana. Se sirvió un generoso vaso de coñac y salió al encuentro de la noche.

Ante la entrada caoba de un apartamento de la calle Serrano los gemidos de amor se fundían con los ruidos de la gran ciudad. El creador hizo sonar el pulsador rompiendo el orgasmo de los amantes tras la puerta rojiza. Cagándose en Dios, su editor apareció semidesnudo ante el escritor acabado, consumido y destrozado que en perfecto escorzo sostenía las hojas con la muerte. Alargó la mano, tiró de las páginas y cerró la puerta sin mediar palabra. Cuando el autor arrancó su BMW de una coza, los jadeos y risas volvieron a surgir del domicilio. Su cabeza y corazón estaban de acuerdo, querían emborracharse de licor y mujeres.

Se dirigió al centro de la ciudad.

Al llegar la hora maldita en que los bares cierran y el alma necesita un cuerpo que acariciar, el escritor recostado en la húmeda pared de un callejón, con la botella sin ginebra y el vómito en su atuendo, vio la voluminosa aparición del guerrero. No Matarás. La famélica figura alcoholizada se levantó, eructando el fétido aliento de la desesperanza. Alzó la espada sobre la cabeza, preparándose para ejecutar *el vuelo de la golondrina*. Dos potentes focos de coche policial iluminaron la escena de otro siglo. El acero giro por las estrias

tubulares del revólver reglamentario, adquiriendo la potencia necesaria para desgarrar tejidos.

Tensó los músculos heroicos y la golondrina comenzó su vuelo.

Dos cuerpos metálicos rompieron la atmósfera.

Cuando el primero alcanzó su blanco, el hombro del guerrero sintió que en este tiempo el noble acero ha quedado reducido a pequeñas bolas que abren la sangre del enemigo.

El segundo acero cortó piel, arterias, músculo, hueso, músculo, arterias, piel y cortó el tiempo para desaparecer en el abismo que le trajo.

Tan sólo los dos asombrados policías presenciaron el choque sordo contra el pavimento de una cabeza borracha. Décimas, y cayó el cuerpo cubriéndola.

Ahora veía caballos tirando de miles de carros que entraban en combate, las luchas continuaban, pero eran guerras que conocía. Aún mantiene otro mundo en su hombro.



Alfonso Fraguas-Brevo (Madrid, 1971). Doctor por la Universidad Complutense de Madrid. Aplica las tecnologías de la información y la comunicación en arqueología con especial énfasis en el arte rupestre del continente africano.

Autores blogueros.

El crisol de las palabras

M^a Teresa Hernández Díaz

04-10-2011 Lo que significan las nubes

Estoy especialmente contenta con este micro. Ha resultado finalista en el I concurso de Microrelatos ACEN, la Asociación Cultural de Escritores Noveles. Han participado más de mil textos y 10 llegamos a la final. No gane, pero casi.

Mira ese árbol, mamá. No, eso es un violín. Digo el del tronco torcido, sí, justo a la derecha del camaleón gigante. Fíjate. ¿Ves el nido de la copa? ¿Y el polluelo dentro? No, mami, no son nubes. Escucha atenta, te pía a ti.

Te pide que sonrías más.



María Teresa Hernández Díaz es Doctora en Ciencias Químicas por la Universidad Complutense de Madrid y trabaja en la investigación de nuevos materiales para el sector energético. Sus publicaciones se han situado preferentemente en el ámbito científico. En el ámbito literario es autora de varias novelas: "*La Dama de las Cavernas no tiene Jardín*", (Aventuras, 2000), "*Crónica de un Adosado*" (Humorística, 2006 y Luarna, 2010), "*KARA. La Sonrisa Oculta de Venus*", (Policíaca 2008) y "*La Galería de los Susurros*" (Dramática, 2010).

Desde la Torre. El blog de Luarna

21-10-2011 Entrega del premio 2011 "España en sus exilios"

El lunes 17 de octubre se procedió a la entrega del Premio 2011 "España en sus exilios" en el salón de actos de la Escuela Julián Besteiro de Madrid. En este su segundo año de existencia, el galardón ha recaído en en Jordi Guixé i Corominas por su obra "Diplomacia y represión. La persecución hispanoafrancesa del exilio republicano 1937-1951".



La mesa con los distintos ponentes, de izquierda a derecha, Luis Rodríguez de la Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Manuela Aroca, de la Fundación Largo Caballero, Antonio Quirós de Luarna ediciones y el premiado Jordi Guixé i Corominas.

En su primera edición, el premio recayó en una obra de índole testimonial, "Un hombre habla a sus semejantes. Diario de un exiliado" de Xavier Andrés Flores. Este año, en cambio, la obra premiada es una profunda investigación acerca de la persecución hispanofrancesa a los exiliados republicanos. Esta filosofía del premio se conservará en años futuros, nos referimos a la alternancia entre las obras de investigación y las de índole testimonial.



Luis Rodríguez y Antonio Quirós en el momento de la entrega del premio a Jordi Guixé.

Durante este su segundo año de existencia, el premio ha sido financiado por Luarna Ediciones y la Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.



Jordi Guixé, el autor premiado, en el momento de realizar su discurso tras la entrega del premio



Novedades.

No ficción



Exchange Server 2010. Guía Rápida. Santiago

Medina

Este libro muestra como implantar desde cero, un servidor Exchange 2010 SP 1 y explica cómo habilitar muchas de sus características. Comienza con los requisitos previos necesarios, continua con la instalación de Exchange 2010 SP1, configuración de las bases de datos, uso y generación de certificados (con entidad certificadora propia de Active Directory), configuración paso a paso de un DNS público (registros MX y autodiscover), descripción y configuración de los conectores de envío y conectores de recepción, OWA, configuración de Outlook AnyWhere, Active Sync, filtros de seguridad en la recepción de correos etc.

La administración del servidor Exchange 2010 SP1, se explica desde el entorno visual de Exchange Management Console (EMC) y con el scripting de PowerShell, con Exchange Management Shell (EMS). Para las prácticas se ha utilizado las últimas tecnologías disponibles, en el momento de escribir este libro, Exchange 2010 SP1 y Windows Server 2008 R2. El libro finaliza con tres prácticas reales las dos primeras, explican como conectarse con un Servidor Exchange desde un equipo remoto, usando OWA y Outlook Anywhere. La tercera detalla como conectarse a un Servidor Exchange usando un teléfono iPhone 4.



Ciencia

Aristóteles

Obra biológica, 364 páginas, 5,80 €.

Fundación Cerebro y Mente

Aproximaciones contemporáneas a la histeria, 287 páginas. 7,25 €.

Sistema dopaminérgico y trastornos psiquiátricos (Avances neurocientíficos y realidad clínica, vol. IX), 453 páginas. 8,70 €.

Hernández Muñoz, Silvia

El humor como estrategia y reflexión en la publicidad española (2007-2008), 320 páginas, 5,80 €.

López Alonso, Francisco

Estudio del aluminio como matriz de grabado, 392 páginas, 7,25 €.

Empresa

Rosa Arellano, Javier

Oficina de Gestión de Programas y Portfolios. I- Introducción, 65 páginas. 2,90 €.

Vilches, Ernesto

Guía de Gestión de Servicios basada en Fundamentos de ITIL v2, 443 páginas. 7,25 €.

Guía de Gestión de Servicios basada en Fundamentos de ITIL v3, 406 páginas. 8,70 €.

ITIL® v3. Managers Bridge, 313 páginas, 8,70 €.

Ensayo

Delgado, Jennifer

La muerte del caballo alado, 149 páginas, 4,35 €.

Escuredo, Rafael

Andalucía irredenta. Historia de una pasión, 319 páginas. 4,35 €.

González Quirós, José Luis y Gherab Martín, Karim

Tecnología y cultura. La larga sombra de Gutenberg, 118 páginas, 7,25 €.

Juliá, Santos

Los socialistas en la política española, 1879-1982, 791 páginas. 5,80 €.

López Arnal, Salvador y Rodríguez Farré, Eduard

Casi todo lo que usted desea saber sobre los efectos de la Energía Nuclear en la salud y el medio ambiente, 340 páginas. 4,35 €.

Maura, Fernando

Sin perder la dignidad. Diario de un parlamentario vasco del PP, 245 páginas, 5,80 €.

Martí, Sacramento

Lo que nuestros clásicos escriben de las mujeres, 319 páginas, 5,80 €.

Moreno Benavides, Efrén

Ética borrosa, 238 páginas. 4,35 €.

Quirós, Antonio

Manuel Tagüeña. Una biografía en fotogramas, 20 páginas. Gratuito.

La 31 Brigada Mixta del Ejército Popular. Diario de Operaciones, 82 páginas. 2,90 €.

Ruíz Sánchez, Carlos Humberto

La administración pública en la época de la Reforma (1854-1873), 254 páginas, 5,80 €.

Runno, Mauricio

Tus epitafios, 88 páginas. 2,90 €.

Informática

Baño, Pep Lluís

Robot dispensador para MSDN Vídeo, 152 páginas. Gratuito.

Blanco, Luis Miguel

Desarrollo de aplicaciones Windows. Aspectos básicos, 645 páginas. 4,35 €.
Desarrollo de aplicaciones Windows. Aspectos avanzados, 484 páginas. 4,35 €.

Esteban, Ángel

Desarrollo de aplicaciones web con ASP .NET 2.0. Aspectos básicos, 618 páginas. 4,35 €.
Desarrollo de aplicaciones web con ASP .NET 2.0. Aspectos avanzados, 578 páginas. 4,35 €.

Esteban, Ángel y Rayo, Ángel

Desarrollo de aplicaciones web con ASP .NET 4.0, 977 páginas, 8,70 €.

Fernández Montoto, Carmen T. y Montes de Oca Richardson, Martha
Office 2007. Mucho más que un cambio de interfaz, 459 páginas. 5,80 €.

Gómez, Pedro y Rayo, Ángel

Fundamentos para desarrolladores de los sistemas operativos Windows, 168 páginas. 2,90 €.

Grupo Weboo

Windows Presentation Foundation, 302 páginas. 4,35 €.
Visual Studio 2008. Desafía todos los retos, 433 páginas. 5,80 €.

Hevia, José Luis

Integración de soluciones con Biztalk Server 2006, 138 páginas. 5,80 €.

Hevia, José Luis y Rayo, Ángel

Acceso a datos con ADO 3.5, 433 páginas. 7,25 €.
Acceso a datos con ADO 4.0, 454 páginas, 7,25 €.

López-Belmonte, Pedro y Solana, Aroa

Administración de bases de datos con SQL Server 2008, 331 páginas. 8,70 €.
Diseño y programación de bases de datos con SQL Server 2008, 358 páginas. 8,70 €.

Medina, Santiago

Exchange Server 2010. Guía rápida, 405 páginas, 9,99 €.

Muñoz Revert, M^a Magdalena

Photoshop CS5. Ejercicios prácticos, 168 páginas, 5,80 €.

Posadas, Marino

Programación en Silverlight 2.0, 305 páginas 5,80 €.
Programación segura con .Net Framework, 211 páginas. 2,90 €.

Rayo, Ángel

Aplicación de técnicas de AJAX a ASP .NET, 169 páginas. 5,80 €.
Administración y desarrollo con Sharepoint (WSS 3.0 y MOSS 2007), 437 páginas. 8,70 €.
Fundamentos de desarrollo de aplicaciones con .Net Framework, 396 páginas. 5,80 €.
Fundamentos de desarrollo de aplicaciones con .Net Framework 4.0, 396 páginas. 5,80 €.
Arquitectura de aplicaciones .NET, 201 páginas. 5,80 €.
Visual Studio 2010 y .Net 4.0. Novedades, 170 páginas, 5,80 €.
Sharepoint 2010, 266 páginas, 8,70 €.

Segado, Martín

Programación de dispositivos móviles con Visual Studio .NET, 83 páginas. 2,90 €.

Solana, Aroa

Windows Communication Foundation, 642 páginas. 7,25 €.
Desarrollo de aplicaciones Windows con WPF 4.0, 429 páginas. 8,70 €.
Windows Phone. Desarrollo de aplicaciones, 167 páginas, 7,25 €.
Windows Communication Foundation 4.0, 1.380 páginas, 8,70 €.

Vélez, Gustavo

Programación con Sharepoint 2007, 205 páginas. 2,90 €.

Novela

Alarcón, Pedro Antonio

Diario de un testigo de la guerra de África, 662 páginas. Gratuito.
La Alpujarra: sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia, 433 páginas. 2,90 €.

Andrada, José Manuel

La herencia de Rebeca, 191 páginas, 4,35 €.

Brun, Juan Manuel

Biografía de un héroe, 199 páginas. 4,35 €.

Delaumbria, Martín

Zoo de humanos, 296 páginas. 4,35 €.

Escuredo, Rafael

Cosas de mujeres, 169 páginas. 4,35 €.
Un sueño fugitivo, 257 páginas. 2,90 €.

Falcón, Carmen

Número equivocado, 361 páginas. 4,35 €.

Figueira, Lola

Regreso a Vadinia, 189 páginas, 4,35 €.

Fraguas-Bravo, Alfonso y Quirós, Antonio

Soñando la miseria, Gratuito.

Hernández Díaz, María Teresa

Crónica de un adosado, 4,35 €.

Iglesias Rivera, Reyes

Botas de agua para un día de julio'. 172 páginas, 4,35 €.

Maicas, Victor J.

La playa de Rebeca, 137 páginas. 4,35 €.

La república dependiente de Mavisaj, 168 páginas. 4,35 €.

Maura, Fernando

Diálogos de anochecer, 191 páginas. 4,35 €.

Últimos días de agosto, 188 páginas, 4,35 €

Meÿer, José

Donostia en llamas, 465 páginas. 4,35 €.

Milano, Andrea

El guardián, 206 páginas. 4,35 €.

Polo, Macario

Fuera de ningún sitio, 217 páginas, 4,35 €.

El pecador mudo, 197 páginas, 4,35 €.

Ranz Alonso, Eduardo y Viñuelas Gómez, Victoriano

El niño mirón, 195 páginas. 2,90 €.

Tur, Cristina Amanda

A todos los gatos les gusta el rhythm'n'blues, 187 páginas, 4,35 €.

El ángel suicida, 158 páginas, 4,35 €.

Poesía

Boorques Marchori, Lupe
Miniaturas, 21 pp. Gratuito

Carral, Manuel
La mujer mariposa, 82 páginas, 2,90 €.

Díaz, Rosa
Monólogos sobre la SE-30², 53 páginas, 2,90 €.

Escuredo, Rafael
Un mal día, 80 páginas, 4,35 €.

Guzmán, Raquel
Credo quia absurdum, 30 páginas, 2,90 €.

Infante, José
La casa vacía, 72 páginas, 2,90 €.

Márquez, Joaquín
Por selva oscura³, 51 páginas, 2,90 €.

Naveiras, José
Antología poética, 171 páginas, 4,35 €.

Rosal, María
Espeleología humana, 76 páginas. 2,90 €.

Soto, Juvenal
Las horas perdidas⁴, 41 páginas, 2,90 €.

Téllez Rubio, Juan José
Las causas perdidas⁵, 57 páginas, 2,90 €.

Vélez, Juan José
El solar⁶, 63 páginas, 2,90 €.

Relato corto

Lavesedo, Daniel

Olladas atlánticas, 23 páginas. 2,90 € (Gallego).

Milano, Andrea

La posada de los ángeles, 18 páginas, 0,72 €.

Mora Plaza, Antonio

La biblioteca de mi abuelo Berto, 134 páginas. 1,45 €.

Naveiras, José

El incendio y otros relatos, 125 páginas, 4,35 €.

Quirós, Antonio

El "Tratado de los astros", 38 páginas. 1,45 €.

Serie *Duendes* (literatura infantil)

González Martínez, Juan

El cuarteto del soneto. Una aventura inesperada, 141 páginas, 4,35 €.

Milano, Andrea

Un verano diferente, 81 páginas, 4,35 €.

Gallego, Olga

El espejo de las hadas, 128 páginas, 4,35 €.

Quirós, Martín

Digitalising Lua, 75 páginas, Gratuito.

Serie Escolio

Fraguas-Bravo, Alfonso

Metáforas espaciales de Internet, 55 páginas. Gratuito.

López Arnal, Salvador

Entre filósofos amantes de la lógica, 99 páginas. Gratuito.

Cuestiones leninistas, 161 páginas. Gratuito.

Manuel Sacristán y la obra del lógico y filósofo norteamericano Willard van Orman Quine en el centenario de su nacimiento, 163 páginas. Gratuito.

Serie España en sus Exilios

Fernández-Sanguino, Julio

Los exilios de Don Quijote, 80 páginas, 2,90 €.

Flores, Xavier

*Un hombre habla a sus semejantes (Diario de un exiliado 1949-1950)*⁷, 202 páginas, 4,35 €.

Henríquez Caubín, Julián

Madrid (julio de 1936), 233 páginas, 4,35 €.

Ocurrió en la tierra de los castillos, 265 páginas, 4,35 €.

Lamoneda, Ramón

Posiciones políticas, documentos, correspondencia, 5,80 €.

Méndez, Rafael

Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra, 224 páginas, 4,35 €.

Parga, Carmen

Antes que sea tarde, 267 páginas, 4,35 €.

Vilanova, Antonio

La defensa del Alcázar de Toledo. Epopeya o mito, 448 páginas, 5,80 €.

Textos: Historia

Cruz Berrocal, María y Fraguas-Bravo, Alfonso

Introducción al arte rupestre prehistórico, 433 páginas, 8,70 €.



-
- ¹ Obra ganadora del I Premio literario de Éride Ediciones
 - ² Obra ganadora del I Premio de poesía Aljabibe, año 2000
 - ³ Obra ganadora del II Premio de poesía Aljabibe, año 2001
 - ⁴ Obra ganadora del III Premio de poesía Aljabibe, año 2002
 - ⁵ Obra ganadora del VI Premio de poesía Aljabibe, año 2005
 - ⁶ Obra ganadora del VIII Premio de poesía Aljabibe, año 2007
 - ⁷ Obra ganadora del I Premio España en sus Exilios, año 2010